

# EL ROSARIO DEL ROCÍO

CAPÍTULO DE LA OBRA "LA BLANCA PALOMA"

— POR —

JUAN FRANCISCO MUÑOZ Y PABÓN

(Sevilla, año de 1919. Imp. S. de Izquierdo, págs. 67 a 87)

## I

«El Rocío, que es penitencia, es también oración. Y, si oración y oración a la Virgen, y en España, en la fiesta de El Rocío no puede en modo alguno faltar «un» rosario. Pero un rosario a la española y a la andaluza; un rosario que, aunque parezca andaluzada decirlo, es el primer rosario de Andalucía, y de España, y del universo mundo.

Tiene lugar el domingo por la noche... Pero antes de acometer su descripción, es menester asentar algunos prenotandos.

Todas las Hermandades de El Rocío, que concurren a la romería anualmente, tienen en el real una casa... o una choza, en cuya puerta se coloca la carreta de la Virgen y dentro de cuyos muros se instalan los caporales de la Hermandad, el capellán que lleva cada una y algún huésped insigne.

Como la casa es de la Hermandad, la casa es «del pueblo» de la Hermandad: especie de Embajada, del lado allá de cuya puerta se está en Moguer, o en Triana, en Coria, o en Umbrete, aunque se pise tierra de El Rocío. Lo que dijimos en uno de nuestros artículos anteriores del «Cuerpo diplomático», estuvo muy bien dicho, aunque esté mal que uno lo diga.

Ahora bien: igualmente rocianos, todos los que concurren a El Rocío, cuando llega la hora de un acto de la Hermandad, el

amor a la patria chica agrupa a todos los de cada pueblo en derredor de «su» Simpecado y debajo del techo de lo que hemos dado en llamar «su» Embajada.

¡Hay que dejar el pabellón bien puesto a los ojos de todas las



Vista de la procesión por el campo; templete, fila de carretas y acompañamiento a pie de los curiosos de los pueblos

demás «naciones», y hacer ver que quien «se lleva la gala» es el pueblo a que el interesado pertenece! ¿Que

En el Rocío estamos,  
Nadie se pique,  
Que se lleva la gala  
Villamanrique?

¡Lo veremos! Pues, así como en la entrada de las Hermandades no hubo quien nos la empatara, ni en el número de carretas ni en el exorno de las mismas, ni en el número de jinetes, ni en la maestría del tamborilero, ni en el lujo con que presentamos la carreta del Simpecado, ni en nada de lo que hicimos, porque aquello fué el disloque, así es menester que a la hora del rosario echemos la casa por la ventana: lo mismo en fuegos que en luces, en acompañamiento que en orden y compostura... ¡Que se demuestre con la lógica contundente de los hechos, que donde Malpica pica, nadie pica!... ¡Por algo somos... (Aquí el pueblo de cada uno).

Y basta de prenotandos.

## II

Son las once de la noche.

La luna de la Pentecostés platea la llanura, que no tiene fin, pintando de alabastro los muros de las casas aldeanas, y de nieve los toldos de las carretas, agrupadas por pueblos en el real. Al calor asfixiante de todo el día, siguió a primera tarde una fresca marea del Atlántico, que pareció como una caricia de la mano de la Virgen. Con la puesta del sol se acentuó la frescura, entre húmeda y salobre, de la marisma, y los hombres han tenido que trocar la chamarreta de crudillo por el marsellés de paño con coderas de terciopelo, y las mujeres, que arrebuja en el mantón de flecos y colorines.

La Hermandad de Almonte, «Potencia» en cuya «Corte» están las «Embajadas acreditadas» de los restantes «Estados» rocieros, sale entonces de la ermita, con su tamboril y su estandarte, sus varas de mando y sus faroles, su compacto grupo de devotos y su magnificentísimo Simpecado, detrás del cual va su música, a devolver la visita a los demás «Plenipotenciarios» por orden rigurosísimo de antigüedad, situados al efecto a la puerta de sus respectivas embajadas, claro que con su Simpecado y sus demás insignias, más todos los «agregados» y todos los «cobijados bajo el pabellón» querido de la patria chica.

«Cruzados los saludos de rigor» entre la Hermandad de Almonte y la Hermandad que recibe—saludos que nadie oye, porque entre los tamboriles y la banda; el repique de las campanas de la ermita y el estallar de los cohetes; el tronar de las piezas de fuego y el cantar de los que ya van en el Rosario, aquello es un guirigay que ensordece—, la Hermandad «que ha recibido» se incorpora a la matriz, con su tamboril y su estandarte, sus devotos con velas encendidas, y sus hermanos de mesa con sus varas; presidiendo la de Almonte, como es natural, que lleva ya por delante a la de Villamanrique—la más antigua—a seguida y con el mismo ritual, a la de Pilas, que es la que sigue... a poco la de La Palma... y así sucesivamente, hasta la de Benacazón, fundada el año pasado, y la de Rociana, que ha acabado de fundarse.

Como con cada una va «su pueblo», el rosario ha menester, para desenvolverse, toda la infinitud de la marisma. No son solamente «todas las Hermandades» las que van en él; sino «todos los pueblos» y familias y clases de cada pueblo: desde el potentado, que mide las heredades por leguas cuadradas y cuenta por millares las cabezas de ganado, hasta el humilde jornalero, que no tiene ni un jeme de tierra, ni «siquiá» una mala burra el «infelí»; desde la elegante, que se ha tocado el arca para dar más esplendor al pueblo a que pertenece, hasta la cogedora de aceitunas o arrancadora de garbanzos, que se ciñe a la cabeza el pañuelo a la judía, en que tiemblan como joyeles orientales los «matanovios»: floripones de



Automóvil compuesto con flores y mantones bordados en el Rocío

pluma, con pistilos de talco, con que la enferió aquella tarde el pretendiente... ¡Hija! ¡Que repre! (También por estas tierras se sincopa, aunque no seamos madrileños. Qué *repre* es, qué *reprecioso*.)

Y así, llevando en medio un bosque de Simpecados, estandartes, pendoncillos y varas, con cientos de faroles y millares de velas, una Hermandad y otra Hermandad, o sea: un pueblo y otro pueblo... o sea: *todo* El Rocío, en dos filas infinitas, a la luz de la luna que platea, y a la luz de las bengalas que tiñe de esmeralda y de carmín; entre tronidos de piezas de fuego—cada hermandad quema cuatro o seis o más—*tuntunes* de tamboriles y arpegios de

gaitas; batir de marcha de la banda de Almonte a cada Simpecado que se incorpora, y sin fin de cohetes voladores que se remontan por el aire, el rosario de El Rocío se desliza como una inmensa serpiente de escamas de luz, o como una constelación de estrellas y de luceros, descendida a la tierra del Condado, para entonar alabanzas y cantar loores, con un verdadero pugilato entre estrella y estrella por ver cuál bendice más a la que, según su auto-profecía, habrán de llamar bendita todas las generaciones.

Y con ese bello desorden de la oda—el rosario de El Rocío es la oda suprema a la Madre de Dios—mientras una Hermandad, o sea: un pueblo, canta el Ave María del rosario de la aurora, el otro va cantando el Dios te salve. Mientras aquel va desgranando el sartal de requiebros de la letanía lauretana, el otro va ejecutando, con afinación de coro del Real, el «Bendita sea tu pureza» del maestro Calahorra... aquí las dogmáticas «coplas de la campanilla» de abolengo dominicano—tan sabias son—y allí... ¡hasta la salve de *El Molinero de Subiza!*... Y aquí, y allí, y acullá, «como voz de muchas aguas», alabanzas y loores, bendiciones y cánticos, himnos y jaculatorias a la Bendita entre todas las mujeres, entre cohetes y más cohetes, ¡y más docenas de cohetes! que a modo de oración suben al cielo, para descender cuando han estallado hacia la tierra, convertidos en una lluvia de luces de rubíes y de esmeraldas, de topacios y de amatistas...

Yo, que como buen rociero, en el Rocío lloro por todo, me hartaba de llorar—no se lo digais a nadie—con los cohetes del rosario. Me parecían como la traducción viva y palpable de lo que dice de la oración San Agustín:

«La oración—dice—asciende (lo mismo que el cohete, digo yo) y al ascender a los cielos, he aquí que descende... pero trocada en misericordia de Dios.» (Lo mismo que los cohetes llamados «de lágrimas»—añado yo por mi cuenta).

Así veía yo en el Rocío la oración de los romeros, durante ese *Rosario*, ante el que palidece, como oí decir al señor Cardenal, el celeberrimo de Lourdes: acaso más ordenado, pero menos pintoresco; acaso más numeroso, sobre todo en las grandes peregrinaciones, pero no más fervoroso ni más entusiasta: como una lluvia invertida de oraciones a la Virgen, subiendo al cielo; pero para descender a su punto de partida, trocadas en bendiciones de su

mano de Reina... de su mano de Madre... de su mano que *todo lo puede, en el Cristo* que ostenta entre sus brazos...

¡Cohetes del rosario de El Rocío! ¡Flechas de fuego y de luz, que a modo de suspiros de un pecho amante, salís en derecha del trono de la que se corona de estrellas! Sonad en las alturas de la atmósfera, como besos de amor enviados desde este valle de lágrimas a la «Madre nuestra que está en los cielos», y tornad, tornad a caer como puñados de flores de luz, o como rotos sarta-les de vivida pedrería, sobre todos los que rezan y cantan, y ¡lloran! en el rosario del Rocío.

¡Oh noche! ¡Oh cielo!... ¡Oh luna, escabel de sus plantas, y luceros y estrellas, corona de su frente! Decidles de mi parte a la Blanca Paloma lo que al Esposo de las «Canciones» el divino poeta San Juan de la Cruz:

Mi vida se ha empleado  
Y todo mi caudal en su servicio;  
Ya no guardo ganado,  
Ni ya tengo otro oficio,  
Que ya sólo su amor es mi ejercicio.

